

MACEO EN LA HABANA

Cuando el General Maceo llegó a la Habana, autorizado por el Gobernador de la Isla de Cuba, General Manuel Salamanca, se hospedó en el Hotel Inglaterra y como era de esperar inmediatamente se dirigió al barrio del Cerro, para visitar a su íntimo amigo el Dr. Félix Figueredo, con quien mantenía una intensa comunicación epistolar³¹⁵ y a quien le consultaba a pesar de la distancia los mil problemas que se le presentaban en su constante bregar por la independencia patria. No olvidemos que el Dr. Figueredo fue siempre el consejero de Maceo y que jamás se equivocó en ninguna de las indicaciones que le hizo durante la Guerra de los Diez Años e inclusive en aquellos momentos en que todos aceptaban el Pacto del Zanjón, el ponderado consejo del Dr. Figueredo ayudó mucho a Maceo. Es más entre ambos existían ideas encontradas. Maceo era —como afirma Griñán Peralta— decidido, audaz y valeroso, pero jamás le faltaba el autocontrol,³¹⁶ el Dr. Félix Figueredo era previsor en grado sumo, no tenía la audacia de lanzarse a la lucha sin antes meditar bien y analizar detenidamente el terreno que tenía que recorrer. Gustaba estudiar psicológicamente a los hombres que le rodeaban como a los adversarios. Era un reconcentrado. Jamás dejaba que su rostro expresara sus sentimientos. Era más bien un carácter frío. Entre él y Maceo existieron muchas discrepancias, pero él siempre trataba de conducirlo por el mejor camino.

El Dr. Félix Figueredo aunque por los años no era viejo, estaba envejecido. Se sentía enfermo en los últimos años de su existencia. Padecía un

³¹⁵ El Dr. Ernesto Figueredo, nieto del Dr. Félix Figueredo, relató al autor que según le contaba su padre Carlos Figueredo y del Castillo, Maceo cuando estuvo en La Habana por el año 1890, lo visitó en varias ocasiones en su residencia del barrio del Cerro. «Nos agregaba que con anterioridad su abuelo se carteaba con Maceo y era el único que siempre sabía la dirección fija a donde remitirle la correspondencia, tanto es así que muchos compañeros de la guerra cada vez que querían comunicarse con él se dirigían al antiguo médico de Jiguaní.» (N. del A.)

³¹⁶ Griñán Peralta, Leonardo. «Maceo.» (Análisis caracteriológico.) Editorial Trópico. La Habana, 1936, p. 157.

asma bronquial, adquirida durante la época de la manigua, que al principio no le dio importancia, pero que a través del tiempo se fue agudizando hasta convertirse en una dolencia más grave y muy molesta, pues le producía ataques de disnea de duración variable, con tos frecuente y sensación de constricción debida al espasmo de los bronquios.

Además el Dr. Figueredo expresaba en su físico el cansancio de tantos años de lucha. Ya no era el mismo hombre que Maceo vio y trató en la manigua libertadora. Lo encontraba un tanto consumido. Lleno de achaques físicos a los que él no le daba importancia pero, sin embargo, se le reflejaban en la expresión.

Al encontrarse estos dos hombres se fundieron en un fuerte abrazo. Maceo y el Dr. Figueredo eran la misma persona a través del tiempo. Tenían tanto que hablar. Además Maceo se sentía en la casa del Dr. Figueredo como en su propio hogar. Primero recordaron tiempos pasados, hechos ocurridos, buenos y malos ratos, angustias y alegrías, más lo primero que lo segundo, pero la vida es eso, a pesar de ello aún están viviendo y con anhelos de seguir luchando pese a los fracasos, los sinsabores y las ingratitudes.

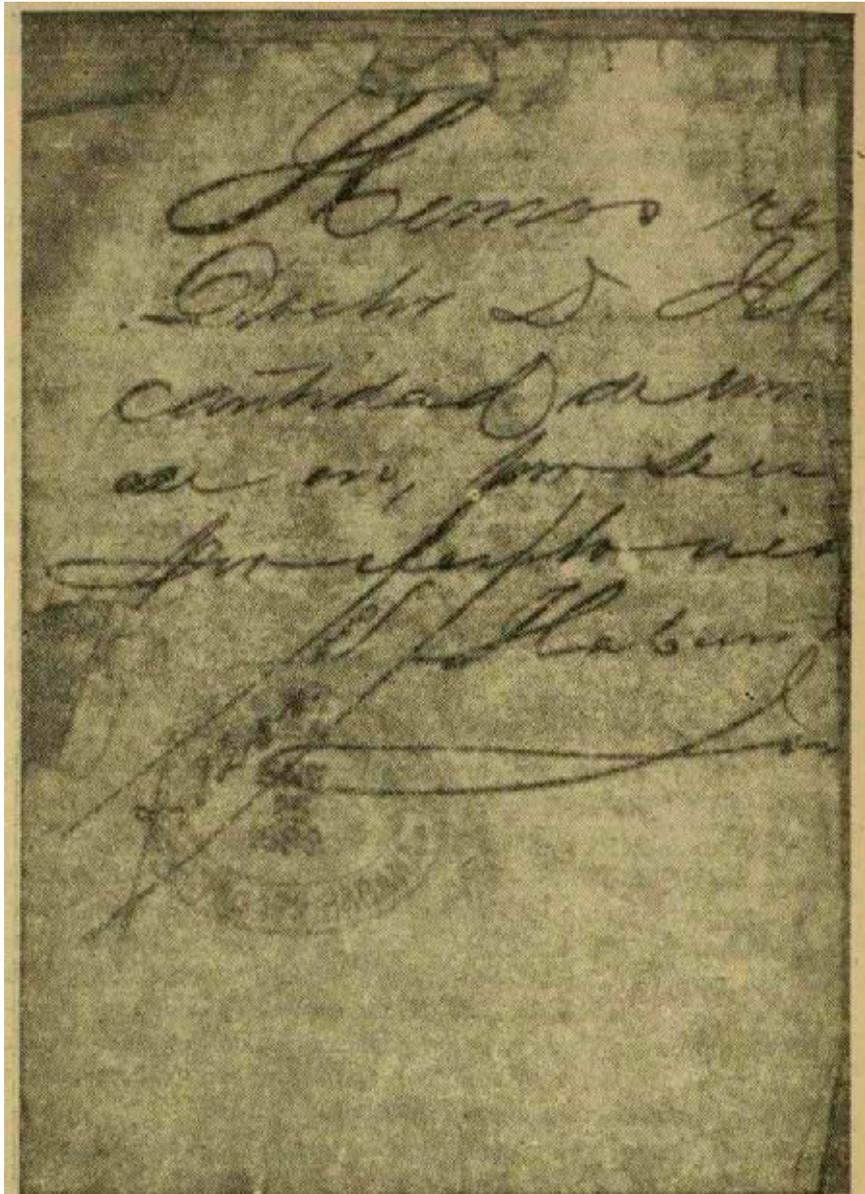
Maceo le relató al Dr. Figueredo toda su vida después de la separación de ellos en Nueva York. Muchas cosas le contó que no podía relatarles en la correspondencia. Tantas incomprendiones, tanto desdén, tantas miserias.

—Pero no importa —decía Maceo lleno de optimismo— todo esto es experiencia para el futuro.

Ya Antonio Maceo no era el rudo soldado que se incorporó en la Guerra de los Diez Años. Era un hombre que se había superado en todos los órdenes, tanto social como intelectualmente. No era arrogante, todo lo contrario, se mostraba sencillo, de una cordialidad extrema y muy humilde, pero con ciertos conocimientos adquiridos en la *Universidad de la vida* que es la más sabia de las universidades y donde sus alumnos aprenden no en los libros ni en las explicaciones de los profesores, sino con la experiencia del vivir cotidiano, en el trato con los hombres y en las acciones que ofrece a diario la existencia humana.

Expuso Maceo, como tenía por costumbre con toda claridad al Dr. Figueredo cuáles eran los propósitos de su viaje a Cuba, primero conocer personalmente el estado ambiental de la población, saber con los elementos que se podía contar para iniciar de nuevo la Revolución y conquistar la independencia.

Facsímil de la mitad de un recibo expedido por el General José Lacret a nombre ••del Dr. Félix Figueredo, por la cantidad de \$1 200.00 con fecha enero 25 de 1889 para contribuir a la Revolución que preparaba el General Antonio Maceo. (Cortesía, del Dr. Ernesto Figueredo y Ruiz de Villa.)



Fascimil de la mitad de un recibo expedido por el General Jose Lactet a nombre del Dr Felix Figueredo por la cantidad de \$1200.00 con fecha enero 25 de 1889 para constribuir a la Revolucion que preparaba el General Antonio Maceo.

—Yo sé que no puedo contar contigo como oficial de línea ni siquiera como Jefe de Sanidad Militar —le dice apuntando una franca sonrisa donde exhibía toda su blanca dentadura—, estás muy viejo y muy achacoso...

Y cambiando el tono de broma con que hablaba con su médico, le dice:

—Sin embargo, los cubanos que quieren a su patria como tú la quieres y los has demostrado siempre, pueden servirla de distintas posiciones. Para ello cuento contigo, como hasta ahora he contado.

Figueredo aconsejó a Maceo que tuviera mucho cuidado pues su personalidad era demasiado grande y su presencia en Cuba podía despertar ciertas sospechas en las autoridades españolas. Que tuviera mucho cuidado en lo que decía y con quienes se reunía para evitar alguna medida drástica por parte de la policía colonial.

Maceo sonrió ante las advertencias del Dr. Figueredo. Él sabía el terreno que pisaba y actuaba no como revolucionario, sino como diplomático.

Como era natural no fue ésta la primera entrevista ni la primera visita que hiciera Maceo a la casa del Dr. Figueredo. Fueron muchas. Durante las mismas se hablaba de todo, especialmente Maceo le decía con quiénes se había entrevistado, quiénes eran los hombres con que había hablado de revolución y quiénes con los que sólo hablaba de hacer efectivo unas propiedades de la autora de sus días.³¹⁷

También le contó al Dr. Figueredo el entusiasmo que había despertado en los muchachos de la Acera del Louvre, así como las numerosas visitas que había recibido de elementos cubanos que deseaban conocerlo.

El General Maceo rió con risa franca ante las medidas previsoras que le aconsejaba el médico y le formuló la siguiente pregunta:

—Don Félix ¿conoces a un joven muy dinámico, muy hablador, muy inquieto, que se llama Juan Antigas, que es estudiante de la Universidad de La Habana?

—No lo conozco —le respondió—, pero ten mucho cuidado con los estudiantes. Ese debe ser un dirigente estudiantil. Tú sabes que la juventud es muy fogosa, muy entusiasta, que se anima muy pronto con las ideas rebeldes y como siente dentro de sí el anhelo de la liberación

³¹⁷ Granda, Manuel de J. «La *psz* del Manganeseo.» Academia de la Historia de Cuba: La Habana, 1939, p. 23.

de la patria, creen que tu presencia es el comienzo de la Revolución. ¿Y por qué me lo preguntaste?

—Pues por eso mismo. Ese joven Juan Antigas se me acercó el otro día en la Acera del Louvre y me dijo que si yo estaba dispuesto a recibir una comisión de estudiantes que trataban de organizarme un homenaje estudiantil.³¹⁸

—Ya ves que yo tengo razón —le advierte el médico— con la prevención que siempre pone en todos los asuntos que se le consultan. No debes aceptar el homenaje. Es un gran honor para tí que la juventud exalte tu figura y glosen en los discursos tus hechos heroicos a través de toda la Guerra de los Diez Años, pero... ¿después qué...? La intervención de las autoridades, la prisión, cualquier cosa puede suceder. No te lo aconsejo. Debes esquivar ese homenaje. Ten mucho cuidado...

—Pero —le dice Maceo— no es ése sólo el que me ha visitado sino que otros muchos también han acudido al hotel a entrevistarse conmigo, entre ellos, déjame ver si recuerdo los nombres: Eduardo Borrell, Carlos Guas Pagueras, Néstor Aranguren, José M. Govin, Gustavo Mora y otros.³¹⁹

—Debes cuidarte te han dejado venir a Cuba, pero debes tener una vigilancia estrecha sobre tú. Conocen todos tus pasos. Con quienes te entrevistas. Debes evitar cualquier acto público que termine en asonada, pues ese es el pretexto que ellos tendrán para detenerte...

Hablaron después de los antiguos revolucionarios y sobre todo de la juventud que con tanto entusiasmo se le había brindado.

—Tenemos elementos con quien contar —le dijo Maceo lleno de orgullo—, el cubano ansia su liberación y está dispuesto a luchar por la libertad de su patria.

—Desde luego —le repuso el médico— no hay duda ninguna que la mayoría de los cubanos anhela la libertad de Cuba. No hay que hacer caso de los oradores autonomistas, ni de los políticos, ellos están siempre tratando de engañar al pueblo... pero lo que es el verdadero pueblo cubano aspira a la independencia.

Ahora —le dice el General Maceo— tengo que ir a visitar a Don Manuel Sanguily, que vive precisamente cerca de tu casa en Tulipán

³¹⁸ Horrego Estuch, Leopoldo. «Maceo.» (Héroe y Carácter.) Edición del Cincuentenario de la Independencia. Imprenta La Milagrosa. La Habana, 1952, pp. 153-154.

³¹⁹ Franco, José Luciano. «La vida heroica y ejemplar de Antonio Maceo.» Instituto de Historia. La Habana. 1968, p. 73.

14* Allí estoy citado con su hermano el General Julio que es un verdadero ídolo de los muchachos de la Acera del Louvre.

—Ah —dice Maceo, quería decirte, que también entre los elementos intelectuales y periodistas tengo un gran ambiente, me han visitado y yo he ido a sus distintos centros de reunión. Entre ellos Juan Gualberto Gómez, Manuel de la Cruz, Enrique Hernández Miyares, Fermín Valdés Domínguez, Juan Bruno Zayas, Ricardo Arnautó, José Clemente Vivanco, Francisco López Leiva, Joaquín N. Aramburo, Eduardo Varela Zequeira, José de Armas (Justo de Lara), Agustín Cervantes, Manuel Linares y otros.⁷

—Todos los conozco bien —le responde el Dr. Félix Figueredo—, especialmente mi gran amigo Manuel de la Cruz, es un gran periodista y un notable escritor y sobre todo un partidario decidido de la Revolución Cubana.

—De los antiguos compañeros de la guerra —agrega— nada tengo que decirte. He visto como es natural además de los hermanos Sanguily a José M. Aguirre, Enrique Collazo...

—¿Y durante la escala del vapor en la Isla no te entrevistaste con otros antiguos combatientes? —le preguntó el Dr. Figueredo—.

—Sí —le repuso— en Santiago de Cuba vi a Flor Crombet acompañado de Antonio Colás; en Baracoa a Julio Columbie con el Coronel Enrique Domínguez; en Gibara a los Coroneles Balán, Cardet, Feria, Guerra, Almaguer y Marrero.

—También —agregó el General Maceo— he tenido una extensa entrevista con Miguel Figueroa...

—Ah ese es un gran cubano —le interrumpe el Dr. Figueredo—.

—Sí, aunque pertenece al autonomismo, pero es de la extrema izquierda y además después de lo que hemos hablado es un franco independentista.

—Es una de las figuras más brillantes y hombre en que se puede confiar —afirmó el Dr. Figueredo—.

—Otra cosa que tenía que contarte —dice Maceo— es que conocí a Julián del Casal, un gran poeta. Se impresionó mucho con mi conversación. Ya veo que estás actuando como diplomático, ganando afectos y amigos que en definitiva son para la causa revolucionaria. Pero temo

⁴ Granda, Manuel de J. Obra citada, p. 38.

⁷ Granda, Manuel de J. Obra citada, pp. 10 y 11.

a alguna indiscreción. Ten mucho cuidado con los chismosos que están donde quiera.

—Mira nosotros —le responde Maceo— *no* hemos tenido contacto durante tantos años y, sin embargo, nada se ha descubierto.

—Sí, le responde el médico—, pero por el buen cuidado que yo he tenido de quemar tus cartas inmediatamente para que no sorprendan jamás la prueba del delito...

—Ahora dice Maceo —iré a ver a Sanguily. Y dentro de varios días me marcharé a Santiago de Cuba. Tengo el plan totalmente preparado. Lo que lamento que tu estado achacoso te impida acompañarme a través de este viaje a Oriente.

—¡Oriente! —le dice el Dr. Figueredo— no me verá más. No puedo encontrarme con mucha gente que no quiero ver. Tú lo sabes.